

No puedo darte defensa,
Son muchos, son muchos, ¡muchos!
Escucha, escucha... se acercan.
¡Lobos! ¡carniceros tigres!
Y el desgraciado Gregüela
Cruzaba aquel aposento,
Como la irritada fiera
A quien roban sus cachorros
Debe ajitarse en su cueva.
De repente oye las voces
De Mañara, trás la puerta,
Que,—¡abre, endiablado escudero,
Decia; ¡vengo por ella!
¡No la infames, que es mi vida,
Es mi esperanza!—Y Gregüela,
Loco y ciego de coraje,
Decia:—¡Venís por ella?
¡Infames! ¡si ella es mi hija,
Cómo quereis que os la venda!
Y escucha el desventurado
Carcajadas y blasfemias,
Y el acento de Mañara
Que más que todos le hiela.
—La amo.

—¡Mentira, mentira!

Vos no amais.

—¡Por Dios! ¡Gregüela,

Abre por piedad!

—No amais,

Vuestro amor causa vergüenza,

Llanto, y ruina, y desprecio.

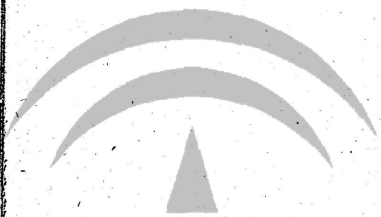
¡Es mi hija!

—Abre la puerta
 O la arranco con mis manos
 Y con mi espada tu lengua.

Y entre ahullidos espantosos,
 Carcajadas y blasfemias,
 La puerta yá rechinaba
 Próxima á venir á tierra.
 Entónces, transfigurándose
 El semblante de Gregüela,
 Coje á la niña en sus brazos,
 Su frente divina besa,
 Y corriendo á la ventana,
 ¡Antes que sin honra verla,
 Matarla mil y mil veces!
 Exclama con voz que hiela.

.....
 Y quizás fué aquello un vértigo

Mira las ondas serenas
 Del Bétis, que en anchos círculos
 Tras un objeto se cierran.
 Y después, tambaleándose,
 Corrió insensato á la puerta,
 Y al abrirla.... ¡vengan todos,
 Exclamó; vengan á verla!
 ¡Era mi hija, mi hija!
 Y con la voz de pantera,



JUNTA DE ANDALUCÍA

P. Monumental de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERÍA DE CULTURA

¿Veníais á deshonrarla?
Grita á Mañara, ¡pues vedla!
Y á la ventana arrastrándole
Un blanco objeto le muestra
Que cual un copo de espuma
Por la corriente atraviesa:
¡La ha seducido.... la Muerte!
¡Vedla, dice, vedla, vedla!
Y como herido de un rayo
Exánime cayó en tierra.

Mañara seca una lágrima
Que por sus mejillas rueda,
Y mudo, helado de espanto
De aquella estancia se aleja.
En el umbral de la casa
Con un cadáver tropieza;
Es Acebedo.... satánica
Sonrisa sus labios muestran;
Después de muerto parece
Que de su dolor se alegra.

VIII.

¡Hora imponente y dulce y misteriosa!
La luna derramaba su esplendor,
La brisa alegre murmuraba amores
Con vagarosa voz.

Allá en Tablada, junto al claro río,
 Negra sombra fantástica se vé,
 Conjelado vapor, jiron de niebla,
 Mudo espectro tal vez.

Algo espera sin duda, que impaciente
 Con paso delirante viené y vá,
 Hasta qué escucha del reloj lejano
 Doce golpes sonar.

Al extinguirse sus vibrantes ecos,
 Se mira en el camino aparecer
 Otra sombra, que rápida camina
 Jinete en un corcel.

Y los dos se encontraron y ¡eran ellos!
 El hermano de Ana vengador,
 Y Miguel de Mañara, que una tumba
 Buscaba á su dolor.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERÍA DE CULTURA

—Puntual sois, dijo el hermano.

—Mañara exclamó: ¡á reñir!

Y Dios sabe que morir

Anhelo por vuestra mano.

Mas pienso en esta partida

Que, por burlas de mi suerte,

Vos no sabréis darme muerte

Porque es mi muerte la vida.

A no ser vos caballero,

En verdad gozo sintiera

Porque muerte recibiera

Sin desnudar el acero.

Es preciso, y escuchadme,



JUNTA DE ANDALUCIA

Que lo pido por merced,
Tened de mi sangre sed
Y sin compasion matadme.
—Nunca tendrá mi valor
Compasion para aquel hombre
Que manchó mi ilustre nombre
Y empañó mi claro honor.
—¡Luchemos!

—Ese es mi afan.

Sus espadas se cruzaron
Y al récio choque lanzaron
Rayos de hirviente volcan.
Envueltos en lid que aterra,
Mañara un grito exhaló,
Algo en el Bétis miró
Y cayó exánime en tierra.
El otro quizás creyendo
Que estaba su honra vengada,
Rápido huyó de Tablada
Su destino maldiciendo.
Y cuentan que al otro día
De nuevo á Flandes partió,
Y que cual bueno murió
En aquella guerra impía.

IX.

¡Es un rayo de luz que desprendido,
De la pálida frente de la luna,
Reverbera en la májica laguna

En sus ondas buscando dulce nido?
 ¿Es flor acaso del jardín del Cielo
 Que el ángel de la noche trae en sus alas,
 Para prestar con sus brillantes galas
 Luz á las flores del dormido suelo?

Tal vez es copo de nevada espuma,
 Crisálida que encierra alguna ondina
 Aquel *algo divino* que camina
 De las ondas del río entre la bruma.

Dormida acaso al celestial arrullo
 De un cántico de amor, puro y divino,
 Caridad presta al Bétis cristalino
 Dulces aromas, celestial murmullo.

Y sus trenzas parecen y su velo,
 Al flotar en las aguas cristalinas,
 Las alas de esas pobres golondrinas
 Que besan á las ondas en su vuelo.

Y la luz que esplendente tornasola
 Del claro Bétis la veloz corriente,
 Al reflejar sobre su blanca frente
 Parece que le ciñe una aureola.

Y las algas desmayadas
 Del hondo cauce salian
 Para hacer un canastillo
 De ramas entretejidas,
 Donde cual blanco capullo,
 De flor hermosa y divina,
 Descansaba el cuerpo vírjen
 De la desgraciada niña.



JUNTA DE ANDALUCIA

Monumental de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERÍA DE CULTURA

Y su rostro era tan bello,
Que más que muerta, dormida
Parece, porque la Parca
Guardó su guadaña impía,
Y mandó venir á un ángel
Para robarle la vida.
Las ondas vienen temblando,
Y aquel cuerpo depositan
En el remanso más bello
Que hay del Bétis en la orilla.
Encontrado á su corriente
El aire rápido, riza
Las olas, que al alejarse,
Un momento detenidas,
Parece que para verla
Ván volviendo atrás la vista.

P.C. Monumental de la Alhambra y General
CONSEJERÍA DE CULTURA

Mañara se alza del suelo,
La aparición le fascina,
Corre á ella, lanza un grito
Y cae luego de rodillas.

Y pasaron muchas horas,
¡Muchas horas sin sentirlas!
Siempre Mañara llorando
Con indecible fatiga,
Siempre besando las plantas
De su amor y de su víctima.

Y le sorprende la aurora
En tan terrible agonía,
Y así le mira la tardē,
Y así la noche le mira.
Al levantarse del suelo
Un cadáver parecía;
Secos estaban sus ojos,
Su cabeza encanecida.
Toma á la muerta en sus brazos
Y á la ciudad se encamina,
Y al verlos.... ¿cuál de los dos
Es el cadáver? decían.

Y pasó un mes y otro luégo
Y en Sevilla se notaba
Que el diablo de ella faltaba
O faltaba Don Miguel.

Y las rezadoras viejas,
Con su murmurar eterno,
Decían que en el infierno
Debió parar el doncel.

Mas un día, con espanto,
Se le vió entrar en Sevilla,
Causando grān maravilla
Lo que el vulgo en él notó.

Y fué que al ver de San Jorge
La santa y humilde ermita,
Con el ánima contrita
En ella lloroso entró.

Y allí estuvo muchas horas,



Causando notable ejemplo
Que así estuviera en el templo
Aquel diablo terrenal.

Y vieron los sevillanos
Que el diablo, al siguiente día,
Sus riquezas consumía
Levantando un hospital.

¡Ah! no hay delito á que el Cielo
No otorgue santa clemencia,
Si busca la penitencia
Humillado el pecador.

Que en el mar, siempre irritado,
Del mundo ¡entre tanto vicio!
Nunca rueda al precipicio
Quien implora su favor.

¡Mañara, feliz mil veces!
Si el amor fué tu pecado,
En santo amor abrasado
Fundaste la Caridad.

Y si el orgullo en tu pecho,
Acaso fabricó un nido,
Lo trocaste, arrepentido,
En compasiva humildad.

Y en las naves de ese templo,
De santidad maravilla,
Que para prez de Sevilla
Supiste al Cielo elevar,

Halló el pobre dulce asilo,
Y de tu nombre en abono,
Al Arte distes un trono
Y á Dios un sagrado altar.

Y del alcázar que al pobre

Lleno de amor fabricaste,
 Tú sólo te reservaste
 Un reducido confin.

¡Un huerto! donde tu mano
 Ocho rosales cuidaba.
 ¡Hondo misterio encerraba
 Aquel estrecho jardín!

Rosales, que, cuando al soplo
 De los céfiros jemian,
 Para Mañara decian
 Ténues frases de dolor.

Cada rosal recordaba
 Tristemente á su memoria,
 Amarga y llorada historia
 De algun pecado de amor.

Y todas, todas las noches,
 Cuando con pena en el alma,
 Vertiendo abundoso llanto

Aquellas flores regaba,
 En los espacios se oían
 Canciones, rumor de alas.
 Y en los rayos de la luna,
 Como celestes fantasmas
 O apariciones divinas,
 Ocho querubes bajaban
 Sobre los ocho rosales
 Que plantó el feliz Mañara.

¡Y eran ellas!—¡Sus amores!
 Que, consolando sus lágrimas,
 ¡Dios te perdona! decian,
 Y luégo al Cielo tornaban.

